

COMUNICACIÓN-EDUCACIÓN: UN VÍNCULO DESDE EL CUAL PENSAR EL DESARROLLO PERSONAL Y SOCIAL

Alejandra María Gordillo

Universidad Nacional de Chilecito (Argentina)

Resumen

El presente trabajo es una reflexión sobre las posibilidades que ofrece la educación como factor de desarrollo personal y colectivo, a partir del marco de referencia que ofrece el análisis de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), en el documento "Juventud y cohesión social en Iberoamérica: un modelo para armar". El eje central de reflexión es el potencial de desarrollo de capacidades que ofrece la educación y las derivaciones personales y sociales que deben sortearse cotidianamente para poder alcanzar esa meta en una sociedad donde la comunicación y el conocimiento adquieren relevancia. Es una reflexión teórica que se entretiene con aportes derivados de la experiencia docente con jóvenes estudiantes de la Licenciatura en Comunicación Social, donde se advierten trayectos educativos heterogéneos y sus vinculaciones con mayores y mejores oportunidades de desarrollo personal y social.

Palabras clave: comunicación, educación, juventudes.

A modo de introducción

El presente trabajo es una reflexión sobre las posibilidades que ofrece la educación como factor de desarrollo personal y colectivo, a partir del marco de referencia que ofrece el documento *Juventud y cohesión social en Iberoamérica: un modelo para armar*, específicamente el Capítulo V, "La educación como eje en el desarrollo de capacidades" (CEPAL, 2008: 119). Se nutre también de la lectura de textos de otros autores que han sido motivo de análisis y puesta en común a lo largo del Seminario Culturas Juveniles y Comunicación (1) y de aportes personales que surgen de la observación de situaciones concretas en la práctica docente con jóvenes estudiantes de la Licenciatura en Comunicación Social. Pretende advertir las heterogeneidades que aparecen en los trayectos educativos de los jóvenes y cómo estos se vinculan con mayores y mejores oportunidades de desarrollo personal y social.

Educación con equidad

El acceso a la educación es, sin lugar a dudas, un gestor de la cohesión social cuando garantiza condiciones de igualdad de acceso a una formación que facilita el desarrollo de las potencialidades de los individuos, crea condiciones de movilidad social ascendente y nutre a los individuos de capital social

permitiendo un salto intergeneracional cuanti- y cualitativo. En este sentido, la escuela ha sido y es la institución educativa encargada de desarrollar las capacidades y competencias de los sujetos, formarlos en valores y actitudes para posteriormente integrarlos a la fuerza laboral, sembrando oportunidades para la mayoría. Esto se logra cuando la educación pública, laica y gratuita brinda condiciones de acceso universal, democratiza las oportunidades de progreso y desarrollo personal y social, a partir de una oferta educativa de calidad que facilita la inclusión y amplía el horizonte de aspiraciones de desarrollo integral (social, cultural, económico) de una generación a otra.

Pero al analizar las condiciones de origen y las circunstancias personales, sociales y culturales de los jóvenes, se advierten heterogeneidades en el capital social y cultural que ponen en evidencia motivaciones, expectativas, facilidades y dificultades con las que debe lidiarse para lograr la tan necesaria equidad.

En esto, la labor que desempeñó la escuela es digna de reconocimiento, ya que en nuestro país ha ocupado un rol preponderante. Ha sido una de las instituciones más exitosas en su propósito de lograr un modelo de integración y cohesión social, constituyéndose en un espacio clave de la socialización de las nuevas generaciones. Ligada a todo un imaginario del porvenir, de la construcción de futuro, la escuela además fue vivida como un elemento de movilidad social ascendente. Además de ser una de las instituciones de otorgamiento de acreditaciones para el mundo del trabajo, de certificación de saberes y competencias para el ingreso en él, tuvo desde sus orígenes una alta valoración social de la llamada cultura del trabajo (Saintout, 2009).

Tan asumido está en el inconsciente colectivo el efecto multiplicador y los beneficios sociales que ocasiona la sinergia social educativa, que aún frente a los cuestionamientos institucionales y extrainstitucionales que propician cambios e innovaciones en las prácticas y las metodologías de enseñanza-aprendizaje, sigue asumiéndose como un recurso social imprescindible.

No obstante, es en las prácticas cotidianas y en el vínculo interpersonal que se establece con los estudiantes jóvenes donde se comprende la necesidad de adecuar los procesos de enseñanza aprendizaje a las situaciones contextuales que faciliten la apropiación de saberes y el anclaje de los estudiantes al mercado laboral. Tomando como referencia el trabajo de investigación de Kessler (2002), es posible advertir que los trayectos educativos de los jóvenes están influenciados por sus condiciones de procedencia y sus expectativas con relación a los aportes de la escolaridad a sus condiciones de vida futuras (Kessler, 2002).

Esos trayectos guardan relación también con la interpretación que se hace de la juventud, un concepto que está desestandarizado (Natanson, 2012) a partir de los cambios y transformaciones que han operado en los modos de interpretar lo juvenil. Así es que surge la necesidad de plantear de qué jóvenes hablamos, es decir, ¿a quiénes hacemos referencia? ¿Qué características poseen estos jóvenes que acceden hoy al sistema educativo? ¿Con qué competencias, con qué expectativas? ¿Qué esperan y qué se puede ofrecer? ¿Es viable planificar contenidos y acciones de manera homogénea, cuando se sabe que sus itinerarios y sus trayectorias son tan dispares? Son cuestionamientos necesarios al pensar en el sujeto de educación. Es

posible sostener que la promoción de la educación como factor de desarrollo personal y social requiere reconocer las condiciones previas de los estudiantes para potenciar su desarrollo en un contexto donde las fronteras se diluyen merced a las tecnologías info comunicacionales y la amplitud de oportunidades laborales que ofrecen. Pero también es necesario, cuando no imprescindible, asumir los cambios y transformaciones que aquellas han introducido en la conformación de la subjetividad, en los vínculos intersubjetivos, en los modos de comunicarnos unos con otros, de socializar y de compartir las experiencias y los saberes, todo ello acompañado de nuevas destrezas comunicacionales, de apropiación de sentidos y abordajes de la realidad en una sociedad cada vez más dinámica, que se vale de la información y de la generación inagotable de conocimientos. Es en esta sociedad en la que se insertan los jóvenes estudiantes y es en ella donde deben desplegar capacidades y nuevas destrezas que los habiliten para un contexto de cambios y transformaciones. Lograr que desplieguen sus potencialidades y ampliar las posibilidades de desarrollo de capacidades en cada uno de ellos es un desafío cotidiano. Con ellos se actúa en un espacio social al que Hargreaves (2003: 7) identifica como una sociedad de la información, de autocreación, y en constante cambio, donde el conocimiento es un recurso flexible, fluido, en constante expansión y movimiento; donde la gente no se limita a obtener y utilizar en el exterior el conocimiento «experto» de las universidades y otros sitios. El conocimiento, la creatividad y la inventiva son intrínsecos a lo que la gente hace. Esta perspectiva es interesante cuando se piensa en la formación en Comunicación; porque invita a reflexionar en el conocimiento y en la creatividad como claves en el mundo del trabajo y la producción de información, de mensajes, de contenidos y recursos que vinculen a los individuos con las organizaciones y a estas entre sí. Incentiva a analizar la potencialidad del trabajo en ideas creativas, innovadoras que promuevan la creación de imagen institucional, de elaboración de piezas publicitarias en los nuevos formatos digitales, el diseño de las campañas de *marketing* mediadas por las tecnologías, la creación de lazos entre las audiencias y los medios de manera interactiva, el posicionamiento de las organizaciones en las mentes de sus públicos, el asesoramiento, u organización de eventos; entre tantas y tan variadas actividades que habilita la formación del Comunicador Social.

Es decir, se hace necesario admitir que en gran parte de las prácticas docentes el sujeto con el que se interactúa ha sido socializado en un contexto mediado por tecnologías de la información y la comunicación, que las emplea natural y cotidianamente; por lo tanto sus intereses y sus modos de crear, interactuar o relacionarse están atravesados por ellas. Marc Prensky (2010) es muy claro en sus conceptos cuando distingue entre nativos e inmigrantes digitales; asumiendo a los primeros –los estudiantes actuales– como competentes con relación al manejo de los recursos tecnológicos que los habilita para acceder con mayor facilidad a la información, empleo de redes de contacto y fuentes informativas. Las destrezas que poseen los habilitan para acceder a un conocimiento que está en diversos sitios, dispositivos y artefactos –entre los que cuentan las computadoras, tablets, celulares, televisión, archivos, links, videos–. Sus modos de resolver situaciones de aprendizaje son rápidos y creativos. Su capacidad de articular y enlazar contenidos,

formatos, imágenes, textos, sonido y de solapar unos con otros les permiten “saltar” de un contenido a otro. Han superado la antigua linealidad en la que generaciones previas –la de muchos educadores– han sido formadas. Esto requiere una adecuación también en el emisor –entiéndase por él al profesor, educador, docente, formador– para lograr un vínculo comunicacional empático, atractivo, adecuado a la capacidad e interés del receptor –alumno, estudiante–.

Los universitarios de hoy constituyen la primera generación formada en los nuevos avances tecnológicos, a los que se han acostumbrado por inmersión al encontrarse, desde siempre, rodeados de ordenadores, videos y videojuegos, música digital, telefonía móvil, y otros entretenimientos y herramientas afines. (Prensky, 2010: 7). No debe entonces resultar extraño que sus modos de procesar la información y el conocimiento sea diferente al de sus predecesores. Claro está que no se trata de una situación de coyuntura, sino más bien en un cambio que llegó para quedarse y plantea otros desafíos al momento de diseñar las propuestas de contenidos en la formación de los Comunicadores Sociales, en vistas a lograr un mayor desarrollo personal y social.

Al educar estamos estableciendo una comunicación específica que nos conecta con un receptor sensible a nuevos aprendizajes, predispuesto a una escucha activa, y pretendidamente –de nuestra parte, como emisores– transformadora. Estamos frente a una auténtica oportunidad de diálogo y puesta en común, a una praxis que conecta desde lo cognitivo, lo afectivo y lo conductual. Es en esos espacios donde debemos lidiar con máximos y mínimos, con subjetividades únicas e irrepetibles que se enriquecen y transforman en el juego de intersubjetividad cotidiana de los encuentros en el seno de la institución educativa. Es en ese espacio donde la práctica modela y equilibra, buscando la distribución equitativa de saberes, construyendo competencias y fortaleciendo capacidades. Es allí donde la relación se establece con jóvenes que trabajan y estudian, con otros que solo estudian, con madres y padres adolescentes, aún en proceso de formación hacia la adultez, cargados de responsabilidad social, cultural y afectiva que sus compañeros de estudio aún no tienen, con algunos que están allí por vocación y disfrutan de los aprendizajes y otros que simplemente atraviesan la institución porque no tienen más alternativa; con alumnos que tienen acceso a recursos tecnológicos y otros para los que todavía es un anhelo; algunos con competencias adquiridas desde la práctica y el contacto cotidiano con ellas, otros con grandes carencias.

Natanson (2012) afirma que la situación no es homogénea y amplía al decir que las opciones de un joven de clase media cuyos padres pueden, aun con esfuerzo, sostenerlo económicamente mientras termina los nueve años de la carrera... (y cita como ejemplo Medicina) no son las mismas que las de uno que nació en un hogar pobre y desde los 16 tiene que contribuir a sostener a sus cinco hermanos menores. Es allí donde reside el desafío de educar para igualar en oportunidades, tarea que sin duda no resulta sencilla –pero no por ello imposible– cuando se advierte que desde su condición de origen están en situación de desprivilegio, de desventaja, porque son víctimas de desequilibrios socioeconómicos que impactan en lo cultural-educativo. La realidad de algunos estudiantes de Comunicación Social no es radicalmente diferente, solo

que en estos casos, a sus dificultades económicas se suman otras que aparecen más solapadas y se visualizan en pobreza de vocabulario, escasez de lecturas imprescindibles, dificultad para expresarse con fluidez o socializar lo aprendido en un contexto de origen que muestra carencias de acceso a ofertas culturales por las propias circunstancias de origen.

Se afirma que la educación ofrece valiosas herramientas para cambiar las condiciones objetivas de existencia de las generaciones juveniles, interpeladas por múltiples realidades. Al pensarlos como un colectivo humano, una generación, para ser más específicos, atravesada por características propias, que comparten un momento histórico específico, un modo de ser y estar en relación con su realidad, sus proyectos. En este sentido, es importante rescatar la perspectiva de Margullis y Urresti (2008), quienes expresan que la generación alude a la época en la que cada individuo se socializa, y con ello a los cambios acelerados que caracterizan nuestro tiempo y que cada generación puede ser considerada, hasta cierto punto, como perteneciente a una cultura diferente, en la medida en que incorpora, en su socialización nuevos códigos y destrezas, lenguajes y nuevas formas de percibir, de apreciar, clasificar y distinguir.

Por ello, resulta conveniente hablar de jóvenes en plural o de juventudes y no en singular, como si se tratase de un grupo homogéneo que comparte idénticas características. Son tan diversos como sus realidades y sus modos de apropiarse de ella. La educación es parte de esa realidad y su vínculo con los destinatarios de su accionar –los jóvenes– va a estar impregnado por esa heterogeneidad, esa diversidad.

Para aquellos que provienen de situaciones socioeconómicas menos favorecidas, acceder a la educación – y con ello a la oportunidad de mejorar sus condiciones de origen– puede presentarse como un camino que se bifurca entre dos opciones: estudiar o trabajar (porque tiene que ayudar a la manutención del hogar, por ejemplo). Puede ser también que apueste a ambas, pero seguramente redoblará esfuerzos físicos e intelectuales para poder transitar con regularidad y alcanzar la meta del egreso. Las dificultades para trabajar y estudiar al mismo tiempo son por todos reconocidas, nos dice Javier Auyero (1993). La especificidad que este reconocimiento adquiere entre algunos grupos de jóvenes de sectores populares tiene que ver con la valorización que comienza a realizarse acerca de la utilidad de la enseñanza educativa.

Están también los jóvenes “ni-ni” (ni trabajan ni estudian), y entonces la pregunta es: ¿cómo lograr integrarlos al sistema educativo o laboral, para propiciar un desarrollo personal y social? En el vínculo cotidiano que es posible mantener con los estudiantes cuando los grupos de trabajo son reducidos y el contacto interpersonal lo permite, se advierte cuando un joven abandona los estudios. Entonces se lo convoca para dialogar y conocer los motivos que lo llevaron a tomar esa decisión. Y sus respuestas suelen ser esquivas, están desorientados con relación a su presente y más aún acerca de su futuro. No estudian, tampoco trabajan. ¿Por qué? ¿Cuáles son los factores que están interviniendo? ¿Cómo lograr retenerlos en el sistema educativo? ¿Guarda esto relación con la ruptura de la temporalidad a la que se enfrenta la sociedad, y de la que los jóvenes no escapan? La percepción de un presente, de un hoy, aquí y ahora

atraviesa la generación de jóvenes actuales más que a sus precedentes y quizás esto incida en estos grupos ni-ni.

Florencia Saintout advierte que el tiempo hoy es muy distinto: nadie sabe muy bien qué hacer con el pasado y menos con el futuro. Este es un tiempo que pone énfasis en el presente: en el puro presente. Y los jóvenes muestran exacerbadamente esta característica de todo el espacio social (Saintout, 2013). Un espacio social que impregna al colectivo y que deja huellas de identidad generacional.

La realidad se muestra compleja y diversa. Las posibilidades de acceso a la educación por parte de los jóvenes no son homogéneas ni uniformes, tampoco lo son sus expectativas y la valoración que hacen sobre la educación como factor de desarrollo personal y social. Margullis y Urresti (2008) advierten que es una posibilidad que está al alcance de los jóvenes de sectores medios y altos, quienes al acceder a ella postergan su ingreso a las responsabilidades propias de la vida adulta, como trabajar y conformar una familia. En tanto, los jóvenes de sectores populares que desean continuar con sus estudios superiores (terciarios y universitarios) deben lidiar con una realidad más acuciante que les demanda redoblar esfuerzos para cumplir con exigencias laborales para sostenerse económicamente y estudiar para graduarse y así acceder a otras oportunidades de desarrollo socio cultural.

Lo cierto es que los jóvenes que logran acceder a la educación lo hacen atravesados por esas experiencias vitales que luego se traducen en trayectorias de formación dispares, en apropiaciones personales y colectivas del saber, dejando al descubierto la heterogeneidad de los sujetos y sus respectivos capitales sociales y culturales. Posiblemente este aspecto sea uno de los mayores desafíos de la educación: la capacidad de lidiar con la alteridad, con sujetos cuyas aspiraciones son tan diversas como sus orígenes y sus proyectos de vida, de los cuales participamos, mientras construimos esos puentes pedagógicos que nos unen a ellos por un tiempo, mientras los acompañamos en su proceso de formación sistematizado e idealmente igualitario.

A modo de reflexión final

No quedan dudas sobre el valor de la educación en los procesos de formación de capacidades, destrezas y competencias de los jóvenes para lograr una mejor inserción social, económica y cultural en sus diversos contextos. Claramente constituye un factor de promoción de la inclusión social y de fomento de mejoras intergeneracionales integrales, brindando la posibilidad de transformar positivamente una realidad menos favorecida por una más favorecida. La educación brinda posibilidades de acceso a otras condiciones de empleo, promueve una mejora en las condiciones de vida, la seguridad y previsión social, otorga a los jóvenes cierta autonomía en relación con las condiciones laborales imperantes en el sistema; sin enumerar los valiosos aportes a la formación en valores y a la interpretación y ejercicio de sus derechos.

La oferta educativa equitativa y de calidad, contrarresta la desigual distribución del capital educativo con impacto en la distribución del ingreso y puede generar condiciones favorables para acceder al mercado

laboral con igualdad de oportunidades. Puede ser un recurso para romper las estructuras de reproducción intergeneracional de la pobreza y la desigualdad.

Nota

¹ Corresponde a la Maestría en Ciencias Sociales y Humanidades, con orientación en Comunicación, de la Universidad Nacional de Quilmes, Seminario a cargo de Florencia Saintout (2013).

Bibliografía

- Auyero, Javier (1993), *Otra vez en las vías* (Notas e interrogantes sobre la juventud de los sectores populares), Buenos Aires, Espacio.
- AA. VV. (2006) / CEPAL (2008), *Juventud y Cohesión Social en Iberoamérica: un modelo para armar*, UNESCO, Santiago de Chile, Chile.
- Hargreaves, Andy (2003), "Enseñar para la sociedad del conocimiento: educar para la creatividad. La profesión paradójica", *Enseñar en la sociedad del conocimiento*, España, Octaedro [en línea]. Disponible en: <<http://ebookbrowse.net/gdoc.php?id=163007904&url=cc845026305ea5b5cbe0ff6fae4ce5fc>>.
- Kessler, Gabriel (2002), *La experiencia escolar fragmentada, estudiantes y docentes en la escuela media de Buenos Aires*, Buenos Aires, IIPE-UNESCO.
- Margullis, Mario y Marcelo Urresti (2008) (comps.), *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y educación*, Buenos Aires, Biblos Sociedad.
- Prensky, Marc (2010), *Nativos e Inmigrantes Digitales* [en línea]. Disponible en: <[http://www.marcprensky.com/writing/PrenskyNATIVOS%20E%20INMIGRANTES%20DIGITALES%20\(SEK\).pdf](http://www.marcprensky.com/writing/PrenskyNATIVOS%20E%20INMIGRANTES%20DIGITALES%20(SEK).pdf)>.
- Saintout, Florencia (2013), *Juventud y Escuela.*, Seminario Culturas Juveniles y Comunicación, Buenos Aires, MCSyH, Universidad Nacional de Quilmes.
- Saintout, Florencia (2013), *Las Juventudes y los usos sociales de la comunicación*, Seminario Culturas Juveniles y Comunicación, Buenos Aires, MCSyH, Universidad Nacional de Quilmes.
- Saintout, Florencia (2013), *Los jóvenes Argentinos: Desde una epistemología de la esperanza*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Artículo recibido el 09/07/14 - Evaluado entre el 21/07/14 y 31/08/14 - Publicado el 21/09/14